

LOS ADULTOS MAYORES
ANTE UNA HUMANIDAD
EN CRISIS DE ADOLESCENCIA

© Luis Weinstein

Publicado en Isla Negra - El Quisco, Chile,
durante el verano de 2018, por
Ediciones Tralcamahuida
ediciones.tralcamahuida@yahoo.cl

LUIS WEINSTEIN

LOS ADULTOS MAYORES
ANTE UNA HUMANIDAD
EN CRISIS DE ADOLESCENCIA

*Envejecer es como
escalar una gran montaña:
mientras se sube
las fuerzas disminuyen,
pero la mirada es más libre,
la vista más amplia y serena.*

Ingmar Bergman

PRÓLOGO

Desde no hace mucho, el tiempo está regalándonos años y más años de vida. Tanto es así que quien hoy día nace en nuestro país tiene el doble de esperanza de vida que el que nacía hace cien años. Pero, asimismo, en esos mismos años se han duplicado las olas de calor y las sequías en nuestro planeta. Propio de estos tiempos de “progreso”, diríamos varios.

No obstante el comentario anterior, se prolonga nuestra vida y se alarga nuestro envejecer. Es más, como nos pasa a muchos, envejecemos habiendo ya envejecido.

Pero este regalo de años que el tiempo le está haciendo a buena parte de la humanidad, sin embargo, enfrenta una grave amenaza. Una que está en nosotros mismos. Esta no es otra que la manera que prevalece en nosotros para mirar e interpretar nuestro envejecimiento y vejez. En efecto, en nuestra sociedad predominan una mirada y un concepto que nos hace ver e interpretar al envejecer como una pérdida progresiva y no como una ocasión para nuestro permanente desarrollo como sujetos.

¡Cuántos matices por identificar en las distintas facetas que acompañan al envejecimiento y la vejez del ser humano!

Aquí, en este libro, hay una belleza hecha con la poesía de insinuaciones y acercamientos a cosas sensibles, una invitación a abrir nuestro espíritu a la compleja y misteriosa relación del envejecer con nuestro ser. El texto nos sumerge en lo ancho de nuestros sentimientos e ideas, de nuestras necesidades y sueños, dimensiones que nacen y se transforman en el curso de nuestra vida.

Creo que el autor reclama una condición para nuestro desarrollo y nuestro envejecer: ser personas conscientes de que formamos parte de una sociedad, de una humanidad, pero abiertas a la incertidumbre del existir.

Como suele ocurrir con su mirada integradora sobre lo humano, Luis Weinstein nos interpela a través de imágenes y relatos que remueven no sólo nuestra manera de pensar la vejez. A través de sus palabras, de citas de grandes pensadores y de referencias a notables figuras públicas de nuestro país, además del recuerdo de momentos significativos del propio envejecer del autor, este, si bien nos pasea por cosas cotidianas de la vida, de pronto basta un giro poético para que brinquemos hacia las facetas más compli-

cadasy sutiles de nuestro envejecer o de nuestra vejez. Así, su texto nos invita a caminar con el alma despierta de un modo zigzagueante para compartir en torno a la complejidad del cómo envejecemos unos y otros. Los compañeros de esta existencia, en su decir.

Escrito por un amigo infatigable de las palabras y las imágenes que animan nuestro espíritu, quizás cuántas preguntas broten de este libro en relación a las oportunidades que en esta vida hemos gozado algunos y a las postergaciones y privaciones que han marcado la existencia de otros. Expresión de la desigualdad social profunda que nos caracteriza.

Consecuente con su vasta trayectoria literaria y, más aun, con su propia biografía, el autor denuncia la presencia ubicua del dinero, así como el consumismo y la falta de atención al espíritu humano, y, a su vez, clama por imaginarios que posibiliten la fraternidad como especie.

Para muchos el envejecimiento de la población constituye uno de los logros más grandes de la humanidad. Sin embargo, Luis Weinstein, cómo no, se rebela contra una de las peores discriminaciones que puede sufrir el ser humano, esto es, el “edadismo”, es decir, el menosprecio y maltrato de una persona por su edad. En sus

propias palabras, el autor aboga por un envejecer y una vejez activa, respetada, autónoma, creativa. Este es el desafío del futuro de la humanidad.

Este libro, en mi sentir, nos quiere hacer partícipes de algo sugerido en su título, o sea, de una preocupación profunda por la temporalidad de un mundo que envejece pero que sigue siendo adolescente, tanto para responder a muchas de sus necesidades más básicas, como para comprender sus propios deseos, enarbolar sueños inéditos y dar curso a sus potencialidades para humanizar nuestra convivencia.

Eugenio Gutiérrez Valpuesta*
noviembre de 2018

* Miembro desde 1990 del grupo de profesionales que trabaja en Años, Envejecimiento y Cultura.
<http://envejecimientoycultura.wordpress.com/>
eugengutiérrez@gmail.com

BOLERO DE ALMAS

CONVERSACIONES DE FIN DE SIGLO
CON VIEJOS SABIOS

*(presentación del libro
Bolero de Almas,
de Hernán Dinamarca.
Feria del Libro, 5/12/1996)*

*Los primeros cuarenta años de vida nos dan
el texto; los treinta siguientes, el comentario.*

Arthur Schopenhauer

Amigas y amigos:

Gracias, Hernán, por incorporarme al libro, gracias por esta oportunidad de compartir con los autores y su público amigo; verás, también, que tengo muchas razones y muchas ganas de darte las gracias por haber trabajado y publicado tu texto.

Por dónde empezar, desde cuál de las múltiples lecturas posibles a estas veinticinco entrevistas puedo contribuir a dar presencia a este presente, ahora. Desde mi condición de colaborador de Hernán en la revista **El Canelo**, opto por la perspectiva, la intuición, las ideas fuerza de esa publicación periódica, la propuesta de una Sociedad Ecológica.

Siento este *Bolero de Almas* como una invitación a un baile, una facilitación de acciones educativas con la intencionalidad de ecologizar, de humanizar la convivencia. Es una contribución a enriquecer el mundo de los jóvenes que se sienten ajenos al rumbo del país. Es un estímulo para los que siguen creyendo en el servicio y en la fraternidad, y buscan nuevos marcos referenciales, abrumados por la presencia ubicua del dinero, la frialdad, el poder, el consumo, por la carencia de ternura y de ideas, por la ausencia de visiones, de imaginarios de especie y de atención al espíritu.

Es la posibilidad de dar fortalezas a aquel padre joven, confundido hasta el dolor al escuchar decir a su hijo, mientras observaban un pez cautivo en redes en un muelle costero, “Mira, funciona”. Es tener alternativa para aquella mujer que sueña aterrada que vienen comerciantes a cobrarle a ella y su esposo por cada caricia compartida en la noche conyugal. Es encontrar ecos para el sentir de tantos talleres de comunicación de profesores, educadores comunitarios, trabajadores de la salud en que brota una verdadera sed de coherencia, de profundidad moral, de diferenciación ante el vacío del mercado omnipotente.

Cabe decir con alegría, Hernán Dina-marca, que dialogando, escribiste un libro que

evidencia como, además de las cosas que funcionan, la vida sigue desplegándose, de qué manera, además del dinero, lo exterior, el poder, siguen existiendo búsquedas, aperturas de horizontes, relaciones profundas de humano a humano.

Las entrevistas tienen que ser leídas en forma personalizada, fantaseadas, asociadas, hechas parte de la vida de cada lector; no admiten fragmentaciones ni resúmenes. Se puede, sí, compartir ángulos de mira, presentaciones. Viendo en este libro un vehículo de humanización, un medio de facilitación de cambios personales, grupales, culturales, advierto cuatro dimensiones a destacar, cuatro grandes alamedas, nutrientes para una Sociedad Ecológica. Ellos son el ámbito de la comunicación, tejido mismo del texto, las entrevistas. En segundo lugar, la contribución latente al movimiento social y cultural en pro de una tercera edad activa, respetada, autónoma, creativa. En tercer término, vinculado a la sensibilidad de la época, al gris opresivo de la competencia, la banalidad, los cortos alcances, la temática sabiamente implícita del liderazgo moral. Al final, integrando todo, comunicación, movimiento de la tercera edad activa, referente ético, la mirada de conjunto, paradigmática.

El texto puede ser visto como un facilitador en la lucha, en la educación hacia un nuevo paradigma cultural básico, un faro iluminando más allá y más acá de la modernidad y su flácido apéndice, la posmodernidad o su sombra inquietante, el fundamentalismo integrista.

Permítanme esbozar, a grandes pinceladas, esas cuatro vertientes que se destacan en mi lectura.

La comunicación. El arte, el logro del entrevistar. Hernán asume el desafío de entrevistar sin entreverar. Entrevista. Están los matices, los silencios, las insistencias bien moduladas, la artesanía de las diferencias que es metáfora de la opción por la diversidad. Diferencias que se asocian cuánticamente, contradictoriamente, con la igualdad esencial, con la posibilidad de comunicación, con el compañerismo de la condición humana.

Entre-vista, ni la luz que ennegrece ni la oscuridad desorientadora.

Hernán consigue dialogar. No es el seudo diálogo, la caricatura, la máscara diría Gonzalo Rojas, la interacción protegida, armada, en búsqueda del beneficio individual, preñada de antagonismo, del poder de la fuerza, la astucia o la seducción. Es el diálogo en su noble raigambre socrática en búsqueda de la verdad, el parto de lo que es conocimiento informe, olvidado.

Es, también, la vertiente complementaria, la de Martin Buber o Carl Rogers, la relación igualitaria, transparente, abierta a la creación. Gran aporte del texto, la comunicación en que el entrevistador es yin y es yang, se hace receptivo y se expresa sin retaceos, modulando según la única regla posible en las interacciones humanas; la inspiración y la experiencia unidas jamás serán vencidas.

Después de la comunicación, del entretener con respeto por la vista del otro y por la propia, la otra dimensión que hemos rescatado, la oportunidad para la tercera edad activa de mostrar su diversidad, su vigencia.

Las y los entrevistados actualizan sus vidas, innovan, están presentes. Algunos hacen impresionantes desarrollos, como Carlos Altamirano, quien sin abandonar su interés por lo que pasa aquí y ahora, contingente, abandona el protagonismo coyuntural para ubicarse en una orientación integrada y crítica, cultural, un estadista con visión de mundo o de época.

O como Héctor Orrego, investigador científico consagrado que se integra en la filosofía, la física, la cosmología, la religión comparada y escribe un nuevo tipo de currículum vitae, la perspectiva holística que nos permite a nosotros, polvo de estrellas que miramos las estrellas,

entender que nuestra biografía empieza con el Big Bang inicial, hará unos 15.000.000.000 de años.

Sergio Livingstone asume con valentía una crisis de salud y sigue, entusiasta, disfrutando de su deporte favorito, informando, comentando, generoso.

Fernando Castillo defiende con pasión y lucidez, con su testimonio de vida, con su trabajo diario, la convivencia, la ciudad saludable, las relaciones sinérgicas entre los espacios públicos y privados, y las posibilidades de intermediación.

La tercera edad tiene potenciales creativos inagotables, Olga Poblete sigue enseñando con la claridad, la profundidad y la modestia con que pasaba de su clase en el Liceo Manuel de Salas a las grandes concentraciones públicas por la paz, en los años cincuenta.

Volodia Teitelboim puede dedicarse, por fin, a su amante furtiva de muchos años, la literatura, y escribe cuatro libros magistrales, definitivos.

Margot Loyola sigue amando, descubriendo, deslumbrando con su canción al pueblo y al folclor.

Me perdonarán si no ahondo en los citados y cierro el párrafo con sólo una mención más, ejemplificadora, la de quien ya no puede

estar físicamente con nosotros: Lorenzo Lemungier, sabio mapuche que aceptó, que colaboró con las entrevistas encontrándose ya gravemente enfermo.

Alcances de la comunicación, aportes al movimiento de la tercera edad con veinticinco testimonios de adultos mayores activos.

En tercer término, una condición especial de esa actividad, el liderazgo moral. Dejo, nuevamente, este lugar para las asociaciones, en una primera lectura. Son los que están y, también, los que no alcanzo a incluir.

Conmoción moral, invitación a remirar las estrecheces en que uno se debate, la falta de norte, cuando, por contraste, se aprecia a Igor Saavedra dejando por un momento los quartz y la intimidad de la materia para arder en entusiasmo y en angustia, defendiendo los valores perennes de la universidad.

Liderazgo moral reconocido, Humberto Maturana, que aceptó ésta y todas las entrevistas y todas las llamadas a estar presente donde fuera menester, para promocionar la legitimidad del otro, para sostener la primacía del ser humano amoroso contra los desbordes de la técnica y las deformaciones de la cultura patriarcal.

Liderazgo moral de Patricio Aylwin, quien con dignidad de autoridad reconocida, en plena fiebre de consumo, en el embate arrogante de las frivolidades, dice clara, rotundamente, “Me carga la modernidad”.

Liderazgo moral de la señora Hortensia, fiel a su palabra en el entierro de su marido, “Aquí no hay restos, aquí hay semillas”. Recuerda con sencillez cómo conoció a Salvador Allende, quien arrancaba desde el templo de la Masonería, la noche del terremoto de Chillán, entregando detalles sutiles. “No sé por qué, tal vez porque él venía de la masonería, le pregunté si era masón, y me respondió que sí. Entonces le dije escandalizada, riéndome, que cómo podía ser masón un hombre a mitad del siglo XX, que entendía aquello en la época de la independencia. Él me explica que su abuelo, por el cual tenía una gran admiración, había sido masón. Entonces le dije: Bueno, nunca más voy a preguntarte por qué eres masón”. Después vino el cataclismo de responsabilidad humana que duró 17 años y doña Hortensia se convirtió en un símbolo inspirador de coraje y dignidad.

El liderazgo moral, la promoción de la tercera edad activa, la lección de riqueza comunicacional en las entrevistas, confluyen hacia un aporte decisivo a un gran marco orientador

ético y epistemológico que se va construyendo en Chile y en el mundo, el llamado nuevo paradigma.

Vivimos una crisis epocal, megacrisis, en que está en juego nada menos que el porvenir de la especie. Concurren graves amenazas, que lindan con temores apocalípticos y también hermosas expectativas de evolución hacia una humanidad en armonía consigo misma y con la naturaleza. Con sentido de trascendencia, una humanidad, una sociedad ecológica.

En lo que respecta a la forma de ver la realidad, el conocimiento, el ser humano, el llamado paradigma cultural básico, dos grandes referentes se disputan el escenario de los medios de comunicación masivos. Ellos son el paradigma de la modernidad, podríamos agregarle “guías” posmodernidad, y el integrista, el del fundamentalismo. Es, haciendo una apretadísima interpretación, la antítesis entre la razón y el dogma, el individuo y la disolución en el colectivo, la avidez de cambio en lo instrumental-operativo y la regresión a un pasado estático en son de idolatría.

La búsqueda de la sociedad ecológica, la comunicación profunda, la pregunta por una ética consensual, el movimiento de respeto a la tercera edad, pueden asociarse a un paradigma emergente, al paradigma integrador, no inte-

grista, el paradigma de la individualización y no del individualismo, el que acepta la razón de la ciencia, la técnica, sin idolatrías, asumiendo la sabiduría de muchas culturas, fuera de la occidental y moderna, entendiendo que hay una gran inteligencia, un gran sentido, más allá del ser humano, asumiendo la validez del amor, de la intuición, de la imaginación, de la búsqueda de sentido, de la espiritualidad.

La temática del nuevo paradigma se convierte en enseñanza en el espléndido libro de monseñor Piñera *El reencantamiento de la vida*; discurre en la investigación y las clases de Gastón Soublette, que nos acercan al taoísmo, que pondera el fondo del cristianismo, el judaísmo, la cultura mapuche, en una visión integradora de la religión, el arte y la historia.

Están, por supuesto, en relación con el nuevo paradigma todos los entrevistados ya nombrados, explícita o implícitamente, lo digan o no. También Carmen Santa Cruz, quien nos conecta con el yoga milenario, además de contar pormenores críticos de su vida, con sabia ecuanimidad. Francisco Mardones nos da la oportunidad de recuperar el sentido de la gran tradición de salud pública chilena, señera en el mundo occidental hasta 1973. Jacques Chonchol aporta al nuevo paradigma su fe, su experiencia vivida sobre los problemas agrarios, su

proyección latinoamericana. Jacobo Schatan y José Zabala incorporan al rigor de la economía el compromiso por lo humano, por la suerte, por el bienestar de las personas. Ramón Huidobro y Leopoldo Castedo traen la perspectiva de las relaciones internacionales y de la historia, el contexto en que se da la confrontación de paradigmas. Malú Gatica nos recuerda que la vida es representación y, a sabiendas de ello, ella no dramatiza su visión del hombre y de la vida. Qué difícil sería aprehender el nuevo paradigma sin la bella, la sabia alusión de José Donoso a la importancia de la no-violencia, a la “masedumbre”: la masedumbre podrá ser la “coronación” de este paradigma, dialógico, de movimiento social, de énfasis ético, de visión de realidad.

Tenemos ante nosotros, por la generosidad de Hernán, de Álvaro Jara, de Ediciones Lom, un texto de tantas miradas como sus múltiples lectores potenciales, un multidialogo que estoy viendo como un programa de talleres para empezar, con participantes de la tercera edad, formación para un liderazgo moral. A ver, imaginamos seis módulos. Una introducción, con Carmen Santa Cruz haciendo yoga; tal vez, el que habla aporta en desarrollo personal. Una mirada a la vida cotidiana, un diálogo con Fer-

nando Castillo y Sergio Livingstone, distintos y encontrándose. Un módulo sobre política, en el sentido integral, el Estado, la salud, el campo, la economía, los mapuches, las luchas sociales, las instituciones, Patricio Aylwin, Volodia Teitelboim, José Zabala, Jacques Chonchol, Francisco Mardones, el texto del recuerdo Lorenzo Lemungier. Luego, la historia, las visiones entrevistas, entreveradas de Hortensia Bussi, de Olga Poblete, de Leopoldo Castedo.

Próxima etapa, el marco referencial, creencias, epistemologías, espiritualidad, Gastón Soublette, Igor Saavedra, Humberto Maturana, Bernardino Piñera, Héctor Orrego, Carlos Altamirano. Compartiendo, discrepando, complementándose.

Finalmente, vuelta a las personas a través del arte, moviéndose, actuando, aprendiendo con Malú y con Margot, entrando en la memoria y la observación aguda de José Donoso, preguntándose con Gonzalo Rojas qué se ama cuando se ama, con disposición para desarrollarse al irse desenmascarando.

Por ahora sigamos comunicándonos, hermanados; agradezcámosle a Hernán Dina-marca por la valorización de los adultos mayores, por sembrar, por cultivar el diálogo con nosotros y con los otros.

Gracias, Hernán, por tu trabajo, tu talento, por confiar en nosotros, por ayudarnos a recordar, con Paul Éluard, que toda confianza sobrevive, por entrever la sociedad del diálogo, por entrever creadoramente la diversidad.

LOS ADULTOS MAYORES
ANTE UNA HUMANIDAD EN
CRISIS DE ADOLESCENCIA

PERSPECTIVAS Y EXPERIENCIAS EN RELACIÓN
A UNA CONSIDERACIÓN AL MAL TRATO
AL ADULTO MAYOR DESDE UNA
ÓPTICA DE PROMOCIÓN HUMANA

*El arte de envejecer es el
arte de conservar alguna esperanza.*

André Maurois

Quiero empezar con unas viñetas, escenas correspondientes a una práctica en que se visualiza el mal trato a los adultos mayores como parte del trato inmaduro que el ser humano, en su posible viaje hacia el homo sapiens, se hace a sí mismo. Es decir, la situación de los adultos mayores como un problema del desarrollo humano, como parte de una crisis de la evolución y de la época actual.

Tras unas breves pinceladas de comunicación, de ejemplificación de lo que estamos haciendo en un trabajo comunitario que incluye a los adultos mayores en un rol protagónico importante, paso a referirme al marco referencial en que se apoya, el que está asociado a las

nociones de salud integral y de diálogo de paradigmas.

Primera viñeta

Curso llamado “Salud, amistad y poesía”, realizado en Las Coincidencias, Isla Negra, diplomado de asistencia sin requisitos académicos, certificado por la Universidad Bolivariana. Participan residentes en la Provincia de San Antonio, de Valparaíso y de Santiago. Parte de los integrantes de la Provincia de San Antonio son también asistentes al segundo curso que se hace en Las Coincidencias, llamado “Formación de Guías Poéticos”, en su mayoría adultos mayores. Los de Valparaíso son, en general, jóvenes, estudiantes y profesionales de las carreras de la salud de la Universidad de Valparaíso.

Es un encuentro llamado a pensar en los puentes que cada uno establece entre la salud, la amistad y la poesía. Se empieza por armar un círculo y preguntar cómo les llega, cómo sienten el tema. Dos adultos mayores se abren en forma destacada, con tonalidades distintas. Uno se exhibe señalando por qué siente, cree, que todo es poesía. El otro insiste en que quiere ser positivo, pero se siente desequilibrado porque ha ido perdiendo a sus amigos.

Una educadora de Santiago da la matriz integradora hablando con entusiasmo de los vínculos entre la educación y la poesía, la poesía de la vida, particularmente en la enseñanza nocturna. Una joven kinesióloga hace otro tanto con la relación entre salud, amistad y poesía. Luego se distribuyen en parejas para dialogar sobre las experiencias de vida de cada una, cada uno.

Nuevamente reunidos se distribuyen copias del libro *La amistad*, del sociólogo Francesco Alberoni, con indicaciones para la lectura individual. Finalmente, se hace una mesa redonda en que el grupo elige como panelistas a tres jóvenes. Cada exposición es seguida de preguntas y reflexiones en que se da un intercambio distendido, profundo, en que parecen difuminarse las diferencias de edad.

Al término de la reunión sólo cabía que yo, el facilitador, propusiera abrazos entre todos como expresión de la cercanía del grupo, de los afectos, del respeto a la complejidad del tema y a la diversidad de miras dentro de grandes valores comunes.

Segunda viñeta

El curso de Guías Poéticas es igualmente un diplomado anual que se lleva a cabo en

Las Coincidencias, con apoyo de la Universidad Bolivariana; ya va en su decimotercera versión. Se hacen reuniones una vez por semana y se plantea un trabajo personal para cada mes. Una propuesta de abril de este año planteaba preguntar a tres personas, ajenas al curso, sobre cuál les parecía que era la experiencia con más sentido poético que hubieran tenido en sus vidas. He aquí las respuestas que tuvo Ana, una participante adulta mayor, en entrevistas a otros tres adultos mayores no pertenecientes al curso:

Carmen, 62 años: Una noche estrellada estaba en el campo cerca de Puerto Montt. Vio las estrellas como casi pudiendo tocarlas con la mano. Percibió que estaba parada sobre la superficie del globo terráqueo; se sintió pequeña ante la inmensidad, y a la vez grande y agradecida de estar viviendo esa experiencia.

Mario, 60 años: En una presentación de música y de poesía, las campanas interpretaban algo muy suave mientras un niño recitó “La mamadre”, de Neruda. Se llenó de emoción; se identificó con Neruda porque a él lo crió una tía; no pudo impedir que asomaran lágrimas en sus ojos.

Olga, 60 años: Ella despertó muy temprano. El hombre que ella ama estaba sentado en la cama y le leyó algo muy lindo, una prosa

poética que le había escrito mientras la contemplaba dormida.

Tercera viñeta

Antiguo Hospital San José, de Santiago. Diplomado anual llamado de Formación de Líderes Culturales, con pobladores, sobre todo mujeres, tarea educacional comunitaria que hago desde hace 9 años, también apoyada por la Universidad Bolivariana.

En una clase semanal última relatamos el mito de Narciso, con el fin de ampliar la perspectiva sobre la tensión entre tendencias egocéntricas y altruistas. Hacemos una imaginaria en que se fantasea con el contacto con un extraterrestre que pregunta a las personas presentes por la explicación del narcisismo humano. ¿Qué hace que los humanos tengamos tendencias narcisistas? Se lleva a cabo una conversación de a dos, luego una devolución al curso. Hacemos después una mesa redonda en base a tres voluntarios. Las personas que exponen y quienes participan en el grupo entran al tema de sus propios narcisismos sin necesidad de orientación, y plantean con autonomía los temas de narcisismo de familia, de grupo, de especie, el de los facilitadores.

¿De qué se trata en estas dos experiencias, la de Isla Negra y la de la zona norte de Santiago?, ¿qué relación tiene lo descrito con el maltrato al adulto mayor?, ¿cuál es el marco referencial?

Para mayor claridad, damos un salto metodológico. Habiendo partido de compartir experiencias puntuales, del día a día, en que va emergiendo el intento de asociar en una propuesta de educación comunitari el afecto con la reflexión, con la mirada epistemológica, con el desarrollo de la imaginación y la sensibilidad, deseamos fundamentar tanto la forma de trabajar como dónde se lleva a cabo aquello que se tiene como perspectiva de conjunto.

Nuestro tema es el maltrato hacia los adultos mayores. El maltrato tiene toda una gama de expresiones, desde la violencia física hasta el que no se den las condiciones para que las personas de esas edades aporten lo mejor de ellos a los otros significativos, a la sociedad, a su realización personal.

Desde el ángulo de miras de un trabajador de la salud, como el que habla, podemos distinguir entre promoción, prevención, diagnóstico, tratamiento y rehabilitación. Son diversos niveles de una aproximación de salud integral.

El diagnóstico, el qué, es clave. Diagnóstico que va más allá de detectar anormalidad o enfermedad. Diagnóstico de realidad, de salud. En este caso, la pregunta es cómo hacemos el diagnóstico en relación al trato a los adultos mayores. Cuál sería el trato adecuado, el buen trato, el trato saludable al adulto mayor. Tema largo, tal vez interminable, porque nos lleva a plantearnos la pregunta básica de qué es un adulto mayor y de allí la pregunta correspondiente sobre la naturaleza de un trato adecuado.

El adulto mayor, de nuevo desde la perspectiva de la salud, la salud vista con criterio integral, es como todo ser humano un ser existente, ser en el mundo, vivo, encarnado, con cuerpo, conciencia, inconsciencia, vínculos, adscripción a una cultura, espíritu, con tensión entre ser finito y anhelar lo absoluto. Es lugar común que lo caracterizan dos rasgos, dos tendencias contradictorias; es la edad de la progresiva pérdida de facultades, los deterioros, la posible mayor cercanía de la muerte, y, por el otro lado, tiempo de acumulación de experiencias, de acercarse, con mucha menos certeza que a la muerte, a la madurez, a la integración, a la sabiduría.

Desde la salud integral, que no es solamente la salud del individuo, sino también de los vínculos, de los grupos, las instituciones, la sociedad, el estilo de desarrollo, lo adecuado, lo

sano, sería procurar tener las posibilidades tanto de que la ciudadanía reciba la experiencia y todo lo que pueden aportar los adultos mayores, como que se den las condiciones para atender a sus problemas, a sus limitaciones.

Hoy, en nuestro sentido común, en la cultura dominante, interesarse en el adulto mayor implica, en general, preocuparse por lo asistencial, por el tratamiento y la rehabilitación, con mucho menos atención a la promoción, al desarrollo, a la prevención. Eso no es un problema aislado. Ese desbalance también existe en el trato a los adolescentes en que nos preocupa su relación con las drogas, pero desatendemos o ninguneamos todo el aporte humano que significa el idealismo juvenil. También se da en los medios de comunicación que procuran entretener y dan ínfimo lugar a la formación. Ocurre algo semejante en el sistema escolar, en que los programas predominan sobre las personas. En la práctica psiquiátrica, en que el medicamento suele ser figura central en relaciones terapéuticas en que el contacto, el encuentro, el acompañamiento, las redes sociales pasan a segundo plano.

El problema del trato a los adultos mayores necesita un enfrentamiento urgente, inmediato, aquí y ahora, pero también requiere hermanarse con los esfuerzos por cambiar la

cultura, el imaginario compartido, el sentido común. Es imperativo recordar que el trato a los adultos mayores es parte integrante de la relación del ser humano con el otro, con la trascendencia y consigo mismo.

El trato al adulto mayor, al profesor y al alumno, a la pobladora y a la clase política, no es separable de la forma como vemos la realidad y al ser humano. No cabe separarlo del llamado paradigma básico, el modelo con que se interpreta y se vive la realidad.

Tenemos muy presente la crisis financiera, la crisis ambiental, el aumento de la desigualdad, la marginalidad y la pobreza, la violencia, las guerras. Todo ello es inseparable del paradigma cultural básico. De la mirada consensual, global, al modelo vigente epistemológico y ético.

Hoy asumimos como trato normal, como sentido común, como propio de nuestro paradigma básico, el individualismo, la competencia, la desigualdad, la frivolidad, la dependencia de la técnica, el predominio de la terapia sobre el cambio en la calidad de vida, la marginalidad del adulto mayor.

Nuestro tema es el cambio del sentido común. Transformación, evolución, en conjunción con lo que hemos aprendido; respecto al valor de la diversidad; es decir: democracia

profunda, no violencia activa, creadora, reconocimiento de lo positivo que hay en el propio paradigma actual.

La salud integral puede tener como base varias orientaciones. Nosotros asumimos como esencial en el nuevo paradigma la coexistencia de misterio y problema, en el sentido de Gabriel Marcel, la diferenciación del yo-tú del yo-él, en la perspectiva de Martin Buber, la visión de la complejidad de Edgar Morin, la mirada a la integración de Fritjof Capra.

La operatividad se va desprendiendo de una racionalidad integradora, de la que en síntesis extrema sólo daremos los nombres de las antinomias a superar:

Teoría y práctica.

Razón y espiritualidad.

Operatividad y sentido.

Amor y Desapego.

Seguridad y Creatividad.

Focalización y Multidimensionalidad.

El nuevo paradigma requiere encarnarse en lo que se está viviendo, dialogar con el paradigma actual sin desfigurarse y sin ser cooptado. No imponerse, dialogar, integrarse, si es posible, hacer sinergia.

Ese es el sentido de nuestras tres viñetas. Se trata de proyectos que suponemos propios del nuevo paradigma, en red con otros de la misma índole, insertos, colaborando con otros que son partes integrantes del sentido común actual, pero abiertos, con potencialidades para la cooperación interparadigmática.

Los adultos mayores son parte orgánica de los proyectos referidos, han llegado por propia iniciativa, les interesan, están expresando su experiencia de vida, algunos, especialmente algunas, muestran ser integradoras, las hay francamente sabias. Lo evidencia su cotidianidad y el que hayan escrito varios libros de valor.

El programa de la costa, de Las Coincidencias de Isla Negra, se integra con la propuesta del “Litoral de los Poetas”, en que se da realce con fines de turismo y de desarrollo local, a la relación de la zona con Neruda, Huidobro y Parra.

El énfasis particular en el Centro Las Coincidencias es en el guiar poético, en la dimensión poética de la vida, en lo poético como guía para integrar, en la cultura de la facticidad, la tecnología, la lógica y lo utilitario, la intuición, la afectividad, la gratuidad, la tolerancia a la ambigüedad, el misterio. Guiar poético como medio para pasar al paradigma de la complejidad, de la integración, de la fraternidad, del misterio.

Las tres cuartas partes o más de las personas que llegan a Las Coincidencias son adultos mayores y van progresivamente participando en la complicidad de saber que el nombre Las Coincidencias ya señala, anticipa, un diálogo de paradigmas. Se da corrientemente el coincidir, del estamos actuando juntos...

Coincidir es, también, existir juntos... Coincidir apunta con Jung a las coincidencias significativas, las coincidencias insólitas, las sincronías.

El coincidir es de este paradigma, y es también parte del paradigma que amanece, el integral, el que incluye lo existencial, lo paranormal, lo misterioso. Es un proceso en que los adultos mayores participan junto a otros más jóvenes, participan y cambian ellos, contribuyen con un grano de arena al cambio cultural paradigmático.

En el proyecto de Santiago, en el antiguo Hospital San José, nos integramos en el Centro de Estudios de la Calidad de Vida, parte de una serie de instituciones de signo espiritual diverso, entre ellos el Hogar de Cristo, Sepade (evangélico), la Universidad de la República, el Centro Latinoamericano de Medicina China, que participan de comodatos dados por la administración del Servicio de Salud Norte.

Nuevamente, una apertura paradigmática dentro del sistema, la posibilidad de interacción entre paradigmas, una oportunidad para el protagonismo de los adultos mayores en un antiguo hospital, desarrollándose a sí mismos y aportando a la educación y al cambio de otros.

Poesía y formación en la costa, poesía y formación en la gratuidad y diversidad como contextos de esta experiencia en la zona norte de Santiago.

Desde hace 9 años, en que se refundó este antiguo hospital como centro cívico cultural, estamos haciendo una clase semanal de desarrollo personal, orientado por lo poético, integrado en la noción de salud integral y ella, en la de nuevo paradigma, en que se ha incorporado una gran mayoría de adultos mayores. Ellos, ellas, han creado una organización cultural autónoma y trabajan en numerosas redes y organizaciones del área norte de Santiago.

Sistematizando, reiterando y sintetizando lo que queremos decir:

1. El mal trato a los adultos mayores requiere respuestas inmediatas en el orden de la asistencia económica, de contactos humanos, de salud, el judicial y el legislativo.

2. Junto con ello, como complemento y como fondo, lo asistencial debe integrarse con el cambio cultural global, inseparable de los derechos, necesidades, capacidades y sentido de vida de los adultos mayores.

3. Ese cambio es posible, pero tiene un costo: un cambio de mentalidad, la apertura a un nuevo paradigma.

4. Este paradigma emergente, sustentado desde la espiritualidad, la ciencia, la epistemología, los nuevos movimientos culturales como la ecología, los derechos humanos, las responsabilidades humanas, el diálogo de culturas, la educación para la vida, la salud integral, necesita una apertura a la diversidad y a una racionalidad integradora que supere dicotomías tradicionales como las que tienden a establecer muros inseparables entre la espiritualidad y la razón, la reflexión y la meditación, el afecto y la lógica, el amor y el desapego, los misterios y los problemas, la autonomía y los vínculos.

5. En ese camino son importantes las relaciones constructivas con personas, grupos, proyectos, sensibilidades existentes dentro del sistema, abiertas al diálogo de paradigmas.

6. La experiencia muestra que hay posibilidad de impulsar la participación y el desarrollo personal de los adultos mayores en proyectos en que actúen junto con personas de

todas las edades y en que el acento esté puesto en la convivencia, en la apertura a la comunidad, en el desarrollo personal y en la construcción de un marco referencial.

7. La dimensión poética de la vida aparece como algo próximo, muy apreciado, que hace sinergia con las tendencias solidarias y de apertura al desarrollo personal y al cambio de mirada de los adultos mayores.

Poesía y vida: Como guardar la imagen del cielo estrellado y de uno, terrícola, como parte conmovida de él; como acercarse al secreto del sentido, escuchando recitar “La mamadre” mientras tocan las Campanas de Esperanza; como sentir de madrugada la mirada de amor de la pareja.

Poesía de la vida: El hemisferio cerebral derecho dialogando con el izquierdo y con la propia vida.

Vida de la poesía: Como leer en uno de los libros de la pobladora Mireya: *“Cuando tenía 12 años, tuve un sueño / Yo quería volar, entonces saltaba y agitaba / los brazos, pero no pasó nada.../ Ahora que estoy en la tercera edad me pregunto / ¿por qué no seguir soñando? / ¿o será que uno pierde la inocencia?”*.

Poesía con vida: Sueño de volar o sueño del poeta de que exista la ciudad invencible a los ataques de los hombres, la ciudad de los amigos.

Poesía y la existencia: Ya se nos advirtió, “lo esencial es invisible a los ojos.

Poesía que anima la existencia y la vida: Por sus frutos los conoceréis.

VEJEZ, IDENTIDAD Y NUEVO PARADIGMA

*La vejez comienza cuando
el recuerdo es más fuerte
que la esperanza.*

Proverbio hindú

Mi madre se acerca a los noventa años. Me aproximo a ella desde el propósito de animarla, de motivarla a encontrarse con sus vetas y metas más íntimas, más de siempre, sus ideales, lo aparentemente por realizar de su proyecto de vida. Está postrada en cama.

Sin energía, delgadísima, somnolienta. Con un dejo de sonrisa, cansada, lejana, amable, me contesta: “Aunque te parezca raro, yo voy para atrás”. Sólo atino a tomarle la mano y acercarla, débil, a mis labios. Desconcierto entretreído con impotencia y resignación.

Es la reunión de compañeros de colegio, cincuenta años después... La convocatoria es en un club de grandes espacios y numerosas salas.

Indago, bastante ansioso, por los míos. Se me orienta con amabilidad y precisión, como correspondía a mi inseguridad del momento e incapacidad crónica de ubicarme. Abro la puer-

ta y veo un conjunto de viejos. Sin vacilar, me retiro, yo buscaba a la gente de mi curso... Estoy a punto de increpar, airado, a mi informante, cuando siento una luz de sensatez: ellos son.

Somos calvos encorvados, canosos, arrugados, panzones, amnésicos. Desconcierto, acompañamiento de pesar y humor, en curiosa mezcla no exenta de impotencia y resignación. Al contar lo acaecido, mientras nos abrazamos, los amigos se ríen o callan, pensativos.

Mi nieta dibuja mientras la observa su profesora. Son las inmediaciones del fallecimiento de mi esposa, su abuela muy querida. La educadora le advierte que está trabajando con un lápiz gastado, poco útil. Necesita cambiarlo. La chica asiente, diciendo "Está viejo". Y al pronunciar esa palabra se le llenan los ojos de lágrimas.

La profesora muestra una inmediata empatía, comprendiendo la asociación: vejez, pérdida cercana, el recuerdo de la muerte.

Escucha a la niña preguntarle, a la vez, por qué entendía, se interesaba. Con el curso como testigo colectivo, emocionado, ella contó que hacía unos meses había muerto su marido.

Desconcierto seguido de un encuentro, atravesando edades y funciones, humano con humano.

Son tres viñetas, tres metáforas, introductorias a una visión de la edad del adulto mayor, como observador participante, a partir de las emociones, en la búsqueda de comunicar una propuesta.

Tratemos de sintetizar. En relación con mi madre, la anécdota ilustra una tensión reconocida por todos: el deterioro y la sabiduría.

En este caso, la capacidad de asumir el “ir para atrás”, la demostración de desapego representada por la nota de humor dentro de un estado físico terminal. Un contraste con mi vivencia del momento, mi urgencia por un hacer, mi compromiso.

Desapego y compromiso, dos radicales, núcleos de sentido, ambos necesarios, complementarios. El caso ilustra su difícil modulación.

Mi compromiso me debió haber llevado a convertir mi afecto y mi deseo de apoyo a mi madre en una más pronta comprensión de su requerimiento de desapego.

En la segunda instancia, mi desencuentro con los cambios propios del envejecimiento, abre posibles conversaciones sobre la aparente antinomia de conservación y transformación personal. Mi sospecha es que mi falta de apertura al curso del tiempo, el inconscientemente esperar ver a mis compañeros como en los años

de convivencia, no era sólo ingenuidad, distracción, o peor, señal de daño orgánico, sino la constancia, también, de la realidad de una cierta permanencia. Claro, no en lo físico, ni siquiera en “el modo de ser”. Es la esquiva continuidad, invisible, indudable, del yo, del “ser” de cada uno.

Tercera viñeta. El contenido manifiesto es complejo. Un lápiz gastado, viejo, debe morir. Su obsolescencia, implacable, se asocia con la vejez y muerte de una persona muy querida.

La cadena sigue, el dolor de una persona permite aflorar la solidaridad y el revivir sufrimientos en otros.

Quiero rescatar otra tensión, referida a la identidad. Mi esposa era ella y, al mismo tiempo, pertenecía a su mundo, sus contactos, toda la realidad. Mi nieta, yo, éramos parte reconocida de su realidad. La reacción de la profesora es como la punta del iceberg que nos ayuda a reconocer que no estamos aislados, que somos, aunque nos cueste aprehenderlo, tanto autónomos como integrados, partes de un todo.

De lo vivido, afectivo, trenzado de hechos, pasamos al terreno de los conceptos, de la abstracción, de la complejidad. Se trata, por supuesto, de un problema de comunicación, de

forma de vivenciar y de transmitir las experiencias.

Las emociones y las ideas son semejantes a personajes visualizados, focalizados, en una pantalla, la de la mente de uno y la de los que nos escuchan o leen.

Se dan simultáneamente, pero nuestras mentes, limitadas, carecen de volumen, de posibilidad de ver en “estéreo” lo consciente y lo inconsciente, la idea y la emoción, la representación actual y su proceso de maduración. No nos es posible pensar en conjunciones, integrar la vieja de la esquina con las investigaciones sobre la longevidad o las políticas públicas para los adultos mayores; la vida de una persona mayor con su muerte inevitable; la preocupación por la invalidez de las personas mayores con su reserva de sabiduría; la continuidad personal y los cambios; la realidad individual y la red de pertenencias y conexiones de cada sujeto.

La integración será siempre una expectativa, una lucha sin fin, un proceso inacabado. Sin embargo, la condición humana se define precisamente por esa necesidad de integración.

En lo específico, lo hemos adelantado, la temática de la vejez requiere de una racionalidad, de una orientación integradora. El ser humano debe hacerse cargo de la vida, de su vida y de sus relaciones con los otros, los signi-

ficativos, los de los diversos planos conscientes y no conscientes de interacción, de los nexos con las cosas, de los vínculos con la cultura, con la naturaleza, con la trascendencia.

Vivimos un crecimiento, un posesionarse acelerado de los medios, de lo instrumental, de lo mensurable, acumulable, susceptible de ser encarado bajo los parámetros de la eficiencia y el placer funcional en logros previsible, en manipulaciones.

Se lamina la subjetividad, la comunicación, la búsqueda de sentido. Las necesidades profundas se proyectan hacia los márgenes, se canalizan a través de minorías activas que buscan transformaciones de conciencia, de convivencia, de derechos humanos, de acercamiento a la naturaleza, o tienen expresiones espurias en el consumo de drogas.

Se trata de una crisis de civilización. Se globalizan los flujos de dinero y de informaciones. La cultura occidental se ha hecho universal; impera el individualismo y la competencia.

Se da una hegemonía de la razón, del hemisferio cerebral izquierdo, sobre la afectividad, los valores, la analogía, el mundo del hemisferio cerebral derecho.

Un malestar difuso, fuerte, ubicuo recorre un planeta saturado de soledad, de violencia, de trivialidad, de desencanto.

En esta crisis se halla una gran oportunidad, la de llegar a una política de promoción humana, para orientar el desarrollo hacia la salud, hacia la amistad con la vida y con las potencialidades de su evolución.

En ese contexto, el de una gran política de cambio cultural, podemos situar la opción por los derechos, las necesidades y los deberes de los adultos mayores.

De acuerdo a nuestras viñetas iniciales, nos situamos en el tema del adulto mayor desde una perspectiva de identidad, asumiendo su complejidad.

En relación a nuestra visión esquemática, de pequeñas pinceladas sobre la condición humana y la crisis actual, vemos esta identidad desde una perspectiva a la vez antropológica y cultural.

De acuerdo a lo dicho, consideramos que la identidad de las personas de la tercera edad y las edades posteriores se encuentra atravesada por tres nudos problemáticos fundamentales, o tensiones a articular por parte de ellos mismos y de la sociedad. Ellas son la asociación de deterioro y de madurez (“sabiduría”), presente en mayor o menor medida en las realidades personales y en el imaginario colectivo; las vivencias contrastantes de continuidad del yo y de cambios en la personalidad, la conducta, la

apariencia y el estado del cuerpo; el ser alguien único, autónomo, conjuntamente con la condición de ser partícipe de una realidad, del todo de la existencia.

En nuestro trabajo en psicoterapia y en educación comunitaria, tratamos de asumir y enlazar estas diversas contradicciones en la óptica de lo que definimos como racionalidad integradora. Es una mirada operativa a la identidad humana, en general, con una propuesta de aprehender la complementariedad y necesaria coexistencia de cuatro pares de aparentes opuestos: el desapego y el compromiso, lo individual y lo universal, la creatividad y la conservación, la focalización y la visión multidimensional.

Estos y otros componentes de la racionalidad integradora se remiten a la condición existencial humana de vivir la finitud con nostalgia de absoluto, de utopía, en difícil equilibrio entre el aceptar y el sobrepasar los límites de su forma de estar en el mundo. Se asocian, además, a las formas personales y culturales de vivir la problemática de la identidad, desde la adolescencia hacia adelante.

El compromiso y el desapego interpelan consciente o inconscientemente a las personas de la tercera edad. Hay una exigencia natural de aportar la experiencia ganada a lo largo de

la vida. Al mismo tiempo, se requiere sobrepone-
rse a las penurias del decaimiento, aceptar la
cercanía de la muerte, pesar lo menos posible
en los demás. Es la reunión de un gran valor
de la cultura occidental, el jugarse, el participar,
con el meollo de los aportes orientales, la dis-
tancia del ego, la capacidad de renunciar.

Algo así expresó Cicerón al decir: “He
vivido de tal modo que creo que no nací inú-
tilmente, pero salgo de la vida así como un
huésped, no como de mi casa”. Al identificarse
como huésped, el adulto mayor se puede com-
prometer a cuidar, a realizar mejoras en su vida
y en sus circunstancias, sin apegarse, sin sentido
de posesión. Detrás de este desarrollo se en-
cuentra la capacidad, propia de una orientación
democrática, no autoritaria, de tolerar la am-
bigüedad. La ambigüedad de la condición hu-
mana, en general, la de ser constructivo en un
período en que se dan naturalmente procesos
destructivos muy visibles.

La opción por lo individual y por lo
transindividual está en el centro de las dispu-
tas de los últimos siglos de occidente. El dic-
tum de “libertad, igualdad y fraternidad” de la
Revolución francesa no fue ni es integrado.
Se oponen, aparentemente, individualismo y
colectivismo social, ecológico y espiritual. No
ha tenido vigencia real la fraternidad, el puente
entre la igualdad y la libertad.

Para los viejos es imperativo individualizarse, asumir fortalezas y debilidades, reencontrarse con su biografía, única, intransferible. De igual forma, requieren reconocer sus vínculos, dar su experiencia, relativizar lo particular de su dominio autónomo. Las cumbres radiantes de la ancianidad, a las que se refería Whitman, son cada individuo y toda la edad del adulto mayor.

La creatividad y la conservación son dos grandes necesidades humanas, armonizadas por una tercera que las debe cobijar y orientar, la necesidad de sentido.

El viejo tiene requerimientos de protección, por lo económico, la salud física y mental, la dignidad y la participación social. Ellos no pueden desligarse del tener la oportunidad, de ejercer el derecho de dar su propio apoyo de experiencias y sabiduría.

Allí la identidad compleja del adulto mayor se deja florecer en poesía cuando, por ejemplo, se establecen bellas complicidades con niños y con adolescentes. “Los abuelos son de los niños”, escribió Miguel Ángel Asturias.

Finalmente, la asociación entre la capacidad de situarse, de focalizar y la de establecer conexiones. Es la lucha por recordar un episodio, por tomar la dosis precisa de aquel medicamento, junto al poder ayudar a otros a

soportar las pérdidas de los seres queridos o las dificultades de acomodarse a la velocidad con que los niños aprenden las nuevas tecnologías, poniendo los hechos en su contexto existencial e histórico.

El trasfondo de hacer propia la verdad de las palabras de Longfellow sobre la vejez: *“Conforme el crepúsculo de la tarde / se desvanece en la lejanía / el cielo se puebla de estrellas / invisibles a la luz del día”*.

LA TERCERA EDAD,
LOS CUENTOS Y EL SECRETO

*Nada nos envejece tanto
como la muerte de aquellos
que conocimos durante la infancia.*

Julian Green

Cuando nos preocupa lo que ocurre en la tercera edad, porque nos acercamos a ese período de la vida, porque ya la estamos viviendo, a propósito de nuestros padres u otros familiares, en relación a nuestros trabajos con personas mayores en todas esas circunstancias, si algo nos ocurre siempre es escuchar muchos cuentos, cuentos narrados con mucha seguridad, engañando, dando la seguridad de ser grandes verdades, viejas verdades indiscutibles.

Veamos algunos de esos cuentos o falsas verdades reiteradas hasta el cansancio:

1. Los nombres.

La enorme importancia concedida a las palabras con que se designa a esta etapa de la vida: viejo, vejestorio, veterano, persona de edad, de tercera edad, entrada en años, senescente, senil, abuela, abuelo, abuelitos, ancianos, geronte,

grande, adulto mayor, decrepito, caduco, maduro... y muchas más.

No olvidemos, las palabras son palabras, los hechos no cambian porque el trato sea protector, sea despectivo, sea estimulante.

Es más grato que a uno le digan eres de la tercera edad, a que lo traten despectivamente de “vejete”, pero no nos olvidemos que estamos ante palabras, ante sonidos. Lo interesante es cómo nos orientamos, el sentido de nuestra vida, nuestro proyecto, cómo vivimos la jornada diaria y hacia dónde queremos ir, en lo que nos falta por vivir.

2. La vida de la edad dorada o rosada.

Son los dos colores “de buena intención” con que se “pinta” la tercera edad. “Ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario”, el chiste se aplica. No nos ayuden tanto. Estamos en el tiempo de los llamados tristes porque murió alguien de nuestra generación; los años en que vamos al médico con mucha frecuencia y necesitamos hablar de nuestras dolencias; el tiempo en que, con seguridad, tenemos menos dinero, menos ofertas de trabajo, más soledad...

Sí, podemos sonreír, comprensivos, ante los cuentos edificantes sobre los años dorados y los días rosados, del “paraíso” de los mayores.

3. Hay, por supuesto, el otro cuento, el del tiempo gris, el de los años negros, el del ahora “somos nada”, puros problemas, molestias para los otros y para nosotros mismos.

No, el dolor, la incomprensión, las limitaciones, son parte de lo humano. La tercera edad es el tiempo en que más podemos entenderlo y hacerlo comprender a los otros.

Lo demás es vivir una vida chata, incompleta, el cuento de que el ser humano es una especie de Dios.

4. El cuento de la equivalencia entre tercera edad y enfermedad o problemas es el medio del gran encubrimiento, de las capacidades, de la salud de la tercera edad.

Es el más peligroso de los cuentos, el encubrimiento, el cerrar los ojos, el mentir para no dejar constancia del aporte positivo de la tercera edad: la experiencia. Lo que nos permite comprender a los otros. Somos, a lo mejor, más lentos, con menos memoria para hechos recientes, nos cansamos más, pero a lo largo de la vida, equivocándonos o acertando, hemos ido teniendo un desarrollo como personas. Ganamos en amplitud, en capacidad de poner distancia, en experiencia. En el fondo de las tareas humanas está la lucha por la madurez. En la tercera edad ella toma la forma de una tensión,

una necesidad de definir entre quedarse con la experiencia o sumirse en los cuentos.

5. Abrirse a la experiencia es entrar a poder disfrutar de un regalo, de un tesoro, de la posibilidad de acceso a la sabiduría de los adultos mayores.

Aquí tenemos el más importante de los cuentos en su doble versión, la sabiduría olvidada, oculta, y la del otro cuento, la sabiduría está al alcance de la mano, viene sola.

La sabiduría, el más grande y antiguo de los cuentos es, también, la gran verdad.

La sabiduría es posible, pero exige una dirección, la preocupación por el perfeccionamiento, darnos tiempo para desarrollarnos.

Sí, creer como persona en la vejez.

Es difícil decirlo, en base a la experiencia adquirida, por encima de las palabras y su condición de verdaderos imanes de los afectos, asumiendo lo rosado y lo gris de cada día, se trata de aceptar la condición humana. De hacerse cargo de cómo somos los humanos y cuál es nuestra diferencia con los demás seres.

Sí, la condición humana no es sólo el sonido de dos palabras, no es otro cuento. No es sólo ser la Juana o ser el Juan; es ser miembros de una especie, de una condición. Somos

los humanos, los seres que tenemos conciencia, los nietos de nietos de nietos de la aventura del universo, iniciada hace quince mil millones de años, somos una parte de la vida. La que conocemos en nuestra Tierra, de unos cuatro mil millones de años de duración, la parte consciente, nueva, la que ha transformado el mundo, la que puede destruirlo o engrandecerlo, la responsable, ahora, de la suerte de la vida.

Cada ser humano “cuenta”, cada persona de la tercera edad, al hacerse cargo de la situación humana, cada uno desde su lugar, su grupo, su familia, sus contactos, puede ayudar a que este ser que “cuenta”, que es tan valioso, no se “cuente cuentos” y aproveche sus experiencias para mejorar la vida.

La sabiduría es una oportunidad, un tesoro escondido debajo de los cuentos. No hay que manosearla ni convertirla en un cuento más. Podemos vivirla, somos huéspedes de la vida, estamos aquí no sabemos bien por qué, pero se nos ofrece la posibilidad de ayudar a las dueñas de casa, la naturaleza, Dios, no discutamos sobre palabras, sigamos nuestra conciencia.

Hay un principio grande de nuestra conciencia, todos somos valiosos, los otros y nosotros, yo y los otros. Cuando somos jóvenes nos cuesta ser fieles a esa orientación, estamos su-

midos en “nuestra vida”; en la tercera edad, encontrando la forma de aprovechar la experiencia, podemos juntar, integrar, la vida y nuestra vida. Somos nosotros mismos y somos parte de algo más grande, nuestra familia, los otros, todos los otros, la vida.

Sabiduría es des-apegarse, saber que somos más que nosotros mismos, somos nuestra historia y somos la historia de los otros. Sabiduría para, al mismo tiempo, usar nuestras capacidades, a pesar de los dolores y los límites, comprometernos. Es la gran alianza para salir de los cuentos, des-apegarse y comprometerse, para con nuestra vida. Mejorar la vida.

CONVERSACIÓN SOBRE LA AMISTAD

EL ENCUENTRO DEL ASOMBRO,
EL CUIDADO Y LA AMISTAD

Marzo 2011
(enterando 20 veces 4 años)

“Yo vi en un sueño una ciudad invencible a los ataques de todo el resto de la tierra.

Soñé que era la ciudad nueva de los Amigos.

Nada en ella era más grande que la calidad del amor robusto: este superaba a todo lo demás.

Se le veía a todas horas en los actos de los hombres de aquella ciudad. Y en todas sus miradas y palabras”. (Walt Whitman)

“Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño y le dieran una flor como prueba de que había estado allí y si al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿entonces, qué?”. (Coleridge)

“Una vez en que el Cuidado se dispuso a cruzar un río, vio un poco de arcilla; recogió pensativo algo de ese material y comenzó a darle forma. Mientras meditaba sobre lo que había hecho se presentó Júpiter, y Cuidado le

pidió que le confiriera espíritu, a lo que el dios accedió de buen grado.

Sin embargo, cuando Cuidado quiso dar su propio nombre a la nueva criatura, Júpiter se opuso y exigió que se le diera en cambio el suyo. Mientras el Cuidado y Júpiter disputaban, apareció la Tierra, que quiso que se le diera su nombre a la criatura, puesto que ella había suministrado el material para formar su cuerpo.

Entonces pidieron a Saturno que oficiara de árbitro y éste pronunció la siguiente decisión, que parecía justa:

“Puesto que tú, Júpiter, le diste su espíritu, recibirás ese espíritu a la muerte de la criatura. Y puesto que tú, Tierra, le diste el cuerpo, recibirás su cuerpo. Ahora, como Cuidado fue quien primero dio forma a ese cuerpo, lo poseerá mientras viva. Y como todavía disputáis sobre el nombre que haya de dársele, llámesele *homo*, pues está hecho de *humus* (tierra)”. (Fábula de Higino)

Asombro, cuidado, amistad... Siento que desde el fin de los primeros cuatro años la mayoría nunca ha estado muy lejos de experimentar la emoción de asombro expresada por Coleridge, el “¿entonces, qué?”. Seguramente Coleridge estaría de acuerdo en que con el

interrogante radical sobre el “qué” estamos entrando al misterio, al terreno del sentimiento poético de la vida.

Desde muy temprano y hasta cualquier juventud, desde el un cuarto por veinte al seis por veinte, se tiende a sentir un inmenso deseo de que exista la ciudad, el mundo de amigos, se experimenta alegría por la existencia de la amistad, en mi caso por contar con ustedes, por mis otras amistades.

Creo que necesitamos una cultura en que el Asombro se integre con el Cuidado para el desarrollo de la amistad en las casas, en las plazas, en las escuelas, en los centros de salud, en las ciudades, en el tránsito hacia el fin de las fronteras, en el mundo, en la apertura a las preguntas últimas y la responsabilidad por completar el regalo del ser, por avanzar hacia el homo sapiens.

Asombro y cuidado: Allí hay una posible alquimia para la construcción de la democracia profunda, la ecológica, la de la unidad en la diversidad. La de la creatividad humanizadora. La de la amistad.

Trataré de transmitir algo de ese deseo en son de amistad, de dar las gracias a ustedes, las amistades que están y aquellas que no están aquí. La amistad, o sea, esa forma de cumplir con la propuesta de Tagore: “La vida nos la dan

y la agradecemos dándola”. La amistad que incluye, que cultiva, la gracia, las gracias.

Cuida el Asombro, Asómbrate del Cuidado

Cuida la mirada de asombro al ser, al tú, al yo, al nosotros, a lo otro.

Cuida el corazón de la amistad y su guiño de magia de conmovedoras sorpresas.

Cuida el tiempo del descuido, el olvidado del asombro.

Cuida el tiempo vivo, el admirado por una perpleja eternidad.

Cuida la sonrisa entrañable del azul de la pregunta.

Cuida el gris derramado, en desgano de asombro, día a día.

Cuida el instante admirable del encuentro, el de la coincidencia significativa, el de la confianza profunda, el del momento alto palpitante de sentido.

Cuida esa dimensión misteriosa de la existencia que, para llamarla de alguna manera, por ahora le decimos amor.

Asómbrate del cuidado tejido por la historia humana y la de la naturaleza.

Asómbrate de cuán cuidadosa la vida recibe a los niños.

Asómbrate del cuidado con la muerte vecina y su rumor sostenido.

Asómbrate del cuidado en pleno espesor del silencio, de la contemplación, de la meditación, de la noche estrellada, del vuelo del violín, de los dibujos de la mariposa, del concierto de las musas.

Asómbrate del cuidado con las brasas humeantes del sentido.

Asómbrate del cuidado del no sé y del no sé qué...

Asómbrate del cuidado por integrar la razón y el espíritu, el ser y el hacer, el individuo y el todo, lo real y lo posible, el compromiso y el desapego, la libertad y la igualdad, nuestro sol y nuestra sombra.

Asómbrate del cuidado por asumir tu esencia y tu pertenencia al todo.

Asómbrate y Cuida las Gracias

La Gracia con que se nos ocultan las diversas realidades.

La Gracia como toda persona es, en verdad, un regalo.

La Gracia como jugando se entienden raíces, savias, flores, frutos y semillas.

La Gracia como entre actos y razones discurre la risa y crepita el llanto.

Cuida con asombro la Gracia del dar, la Gracia del recibir, la Gracia del estar agradecido, la Gracia de asumir las desgracias.

Asómbrate, cuida, recuerda las Gracias griegas:

la Gracia del Resplandor,
la Gracia de la Alegría,
la Gracia del Florecer,
la Gracia del Conducir,
la Gracia del Crecer.

Gracias al Asombro y al Cuidado.
Gracias al Cuidado del Asombro.
Gracias al Asombro por el Cuidado.
Gracias por las Gracias del día a día.
Gracias por el trasfondo poético de las Gracias donde moran destellos, semillas de amistad, donde por instantes se asoma, generoso, el sentido de la vida.
Gracias a ti.

NICANOR,
CIEN AÑOS DE POESÍA

*Saber envejecer es la obra maestra
de la vida y una de las cosas más difíciles
en el arte difícilísimo de la vida*

Amiel

Son cien juveniles años de poesía
Porque la antipoesía
Es la poesía

Tío Tao lo dice
En la poesía está la antipoesía
En la antipoesía está la poesía

Nicanor va en el arca
En el río del tiempo
En el océano de las posibilidades

Un poeta en el arca
Con el huaso de Chillán
Con el físico nuclear

Un poeta capaz de reírse
Hasta que intrigadas
Se abren admiradas las puertas del Olimpo

Un poeta en el arca
Porque el sol y la tierra unidos
Serán siempre queridos

Un poeta capaz de reírse
Mirando como no miran
Los creyentes del Olimpo

Un poeta imaginario
Lleva el mar a la cordillera de los Andes
Y termina los vicios del mundo moderno

Un poeta en el arca de las posibilidades
Con la joven rodeada de espigas
Y ojos desnudos, de valiente porfía

Nicanor son cien años juveniles
Porque la poesía
Es la juventud del mundo

Nicanor allá en las posibilidades
Te saluda el fantasma del buque de carga
Te abraza Altazor

Nicanor
Con ardiente paciencia
Tú ayudas a cambiar la vida

ÍNDICE

Prólogo	9
Bolero de Almas	13
Los Adultos Mayores ante una Humanidad en Crisis de Adolescencia	26
Vejez, Identidad y Nuevo Paradigma	42
La Tercera Edad, los Cuentos y el Secreto	53
Conversación sobre la Amistad	59
Nicanor, Cien Años de Poesía	65

Este libro se terminó de imprimir
durante diciembre de 2018,
en El Quisco, Chile.

